



# LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

29 DE SETIEMBRE DE 1878.—NÚM. 13.

## Ecos de la semana.

Cédulas personales.—El arte en grande velocidad.—Con boina.—Un clown silbado.—Consejo seguido.—Morir tan joven.

Ya llega la época de proveerse de cédulas personales. Todavía no sabemos fijamente si éstas son documentos de seguridad, ó recibos de contribución. Lo que sí podemos afirmar es que estamos obligados á pagarlas. ¿Cuántos pasos hay que dar hasta proveerse de una? Primero el volante del alcalde, después una visita á la alcaldía del distrito, otra más tarde al Ayuntamiento, y al cabo de dos días de hacer cola, recibir apretones y tararear aquel coro de *Los Madriles*.

Hay que tener, que tener muchísima paciencia, puede uno volver á su domicilio á reposar de las fatigas de quince días de subir y bajar, ir y volver.

En obtener este documento se emplea hoy más tiempo que en pintar un cuadro al óleo.

Verdad es que esto se ha simplificado sobremanera. Dentro de pocos días podrán admirar los madrileños á un artista que pinta en seis minutos un cuadro al óleo, de un metro cinco centímetros de largo y noventa centímetros de ancho.

Este artista en grande velocidad, es muy capaz de pintar al temple la Puerta Otomana en el espacio de una tarde, ó de cubrir de pinturas al lodo el pavimento de la calle del León, ó de teñir la situación de color de rosa.

Para esto último tendría que usar de grandes precauciones. Los constitucionales, demócratas y centralistas procurarían cambiarle el color de las ilusiones por un platillo de negra tinta china.

¿Y figúrense ustedes cómo saldría el cuadro!

A Lagartijo le han regalado en Vitoria una boina.

El donativo le será de suma de utilidad. De tanta como un bonete á Pi Margall. Ó una abuela materna á los constitucionales.

Ó una Constitución nueva á nuestro país.

Ó un incensario á los ministeriales.

El aplaudido diestro, para brindar un toro, tirará la boina.

Pero la volverá á recoger después de terminada la faena.

¡Quiera Dios que muchos no imiten su ejemplo!

A Tony Grice le han silbado el día de su beneficio.

Y le habían aplaudido siempre.

Como él había anunciado ejercicios nuevos, el público ha observado con él conducta nueva.

Verdad es que este clown ha logrado despertar una duda en sus admiradores.

Si le pagaban para que les divirtiese á ellos, ó para divertirse él á su costa.

El problema no se ha resuelto todavía.

Pero la silba ha venido.

Y bien merecida, por cierto.

En las Baleares han venido á las manos los asistentes á una procesion.

Ha habido heridos y prisioneros.

El cura párroco, que presidía la solemnidad religiosa, ha recibido un garrotazo, asustado por un feligrés.

No se tienen detalles de las posiciones que han tomado los beligerantes.

Se cree, sin embargo, que su contundente actitud ha obedecido á indicaciones de *El Siglo Futuro*, que había dicho en uno de sus últimos números:

«Después de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, que es igual, el rey más poderoso, más antiguo, y en cierta manera más legítimo que se conoce, es el demonio. Pues bien, desde Moisés acá, cuyo sermónario es el más antiguo de que hay noticia, todos los predicadores han predicado, y casi no han predicado otra cosa, sino que matemos á ese rey.»

Tiene catorce años de vida, y ya está ruinoso.

Pruébase con esto la modestia de su arquitecto, que no quiere dejar á la posteridad recuerdos.

Si conmigo nació, muera conmigo.

Personas hay que creen, sin embargo, que la vecindad del tribunal de Cuentas hace bonita la fachada del Hospicio.

¡Hasta los inmuebles se adulan!

## El aire.

¡Cuánto daría yo por tener aire de sabio! Entonces podría hablar á mis lectores de toda clase de aires, sin temor de parecerles pedante.

Pero sospecho que tengo demasiado fluido en mi cabeza para salir airoso de mi compromiso.

Hablar del aire es más que hablar de la mar, y si esto último ha llegado á constituir una frase vulgar que recuerda lo mucho bueno y malo que acerca de ella se dice, júzguese lo peligroso que será tratar del primero, siendo todavía mayor su magnitud. Porque si el mar cubre las cuatro quintas partes de la superficie terrestre, el aire baña todas cinco, y no hay rincón ni intersticio donde no penetre.

Por eso tiene fama de ser tan descarado. Y sin embargo, apenas hacemos caso de él. Sólo cuando se agita parecemos apercibirnos de su existencia, pues al paso que no hay poeta que haya dejado de cantar la tranquilidad de los lagos ó de los mares, nadie se ha cuidado de echar un pipero al aire, sino cuando en forma de plácida brisa ó ceñirillo juguetea se mueve con dulzura, acariciando nuestra abrasada frente, ó bien cuando, convertido en violento huracán, abate y destruye todo lo que encuentra á su paso.

Hasta le hemos suprimido la existencia cuando está quieto. Le pasa lo que á los muchachos, que si no revuelven, nadie hace caso de ellos.

Decimos que hace sol cuando el astro del día está tranquilamente en el cielo, vivificando la superficie de la tierra con su luz y su calor, y no decimos que hace aire sino cuando reina el viento, es decir, cuando, cansado de tener calma, se echa á correr por esos mundos, apagando luces y llevándose capas y sombreros.

Al agua manso todo el mundo la teme, cuando pide á Dios que le libre de ella; al aire manso todos le desprecian.

Gastan muchos millones las ciudades en proporcionarse agua de buena calidad para el consumo, y no gastan un céntimo en proporcionarse aire bueno, antes bien, parece como si pusieran especial empeño en lo contrario.

Y el aire es todavía más necesario que el agua.

Sólo en casos extraordinarios se piensa en él. Cuando alguno está acalorado se le manda á tomar el aire fresco.

Si está delicado, se le recomienda el aire del campo.

Si padece nostalgia, el único remedio eficaz para combatirla es el aire de su país.

Todo esto sin contar con que el individuo puede ser un bizarro militar y tener aire marcial.

Ó estar arrepentido de sus culpas y presentarse con aire contrito.

Si perjuicio de entusiasmarse cuando una música toca la colección de aires nacionales.

De todo lo cual resulta que el aire es de primera importancia en la vida, puesto que en todos sus actos se le da intervención.

Es porque contiene el elemento vivificador por excelencia, el oxígeno. Cuando falta éste, la existencia se hace imposible.

Es creencia vulgar que el aire lleva en sí el germen de la vida y el de la muerte, en el oxígeno y el nitrógeno. Lo primero es cierto, lo segundo no. El nitrógeno no ha matado á nadie. Un sabio metió unos pájaros en una atmósfera de este gas, vió que se morían, y le llamó *ázeo*, que quiere decir *contrario á la vida*. De aquí viene el error.

Si el cuerpo en cuestión matase, ninguno viviríamos, porque forma los cuatro quintos del aire que respiramos, y al cabo del día entran muchos litros de él en nuestros pulmones. Los pájaros del sabio morían porque les faltaba oxígeno, y por lo mismo mueren al cabo del día muchas personas en las grandes poblaciones, que es-

tán todavía plegados, y no tendríamos el placer de respirar libremente por toda la vida, salvas aquellas ocasiones que, por imprudencia nuestra las más, padecemos alguna enfermedad que lo impide y nos hace ver el bien que gozábamos sin advertirlo siquiera. Además, hay muy pocos placeres en la vida que no principien por un dolor.

Seamos, pues, más justos con el aire. No le aprisionemos en nuestras casas para esquilmarle; dejémosle que vaya al campo á purificarse en el gran laboratorio de la Naturaleza; abramosle todos los días las puertas de nuestras habitaciones, para que arrastre los miasmas que nosotros producimos incesantemente, y mirémosle como uno de nuestros mejores amigos, que no ha de hacernos ningún daño mientras le tengamos las consideraciones de tal y le concedamos la importancia que se merece.

Y basta de aire, porque ya sabía yo que no había de salir airoso de este asunto.

BRUNO AMELAY.

## Don Modesto.

(CRÓQUIS DEL NATURAL.)

«Fray Modesto nunca llegó á prior», dice un antiguo adagio castellano, y sin embargo, y apesar de lo que dice el adagio, yo conozco un D. Modesto que, no ya á prior, sino á generalísimo de cualquier orden religiosa hubiera llegado, si nacido hubiese con instintos monacales; pero á mi D. Modesto no le dió por ahí, lo cual no fué óbice para que haya llegado á ejercer prioridad entre muchas gentes y en no pocas cosas, no obstante su modestia, pues hágotse saber, lector, que el D. Modesto cuyo retrato voy á tener el gusto de regalarle, es un hombre modestísimo... ó cuando menos, fama de tal se ha conquistado.

Sabido, como lo es de todo el mundo, que en éste las riquezas, los honores y la fama suelen estar en razon inversa de la dosis de modestia que cada individuo posee, por ser esa virtud tan medrosica y encogida, que apenas si alguna que otra vez acierta á salir de los rincones donde comunmente se oculta, no podrás menos de asombrarte cuando sepas, lector, que el D. Modesto de mi cuento, que á fe de quien lo cuenta no es cuento, sino fidedigna y exactísima historia, ha logrado hacerse rico, no porque él ambicionase riquezas, sino por sus queridos hijitos, que son tres como tres soles; esto último no lo dice su papá, porque es él demasiado modesto para alabar sus propias obras; pero lo digo yo en obsequio de la verdad, pues no hay por qué negar la hermosura de los chiquitines de D. Modesto.

Si aceptó varias cruces y otras distinciones, fué, por cierto, contra su gusto y á regañadientes, como suele decirse, sólo por complacer á su queridísima esposa, quien —al fin mujer— gusta de ver á su esposo ostentando en días solemnes una brillante placa sobre el pecho y oír que le llamen excelencia, y en gracia á la satisfacción que esas *canidades humanas* proporcionan á la esposa; ¿qué había de hacer el esposo sino sacrificarse y complacerla?... Por que, no hay duda, todas esas *canidades*, como él las llama, disgustan á D. Modesto, pero transige con ellas haciendo un verdadero sacrificio en aras del amor conyugal.

Instigado por sus amigos, sólo instigado por sus amigos, y después de mil ruegos y súplicas por parte de éstos, pues de no ser así, jamás se le hubiera ocurrido á don Modesto semejante cosa, ingresó, por fin, en varias academias, como individuo de las mismas; porque olvidávaseme decir que D. Modesto es literato insigne, filósofo profundo y sapientísimo erudito; y ya se ve, con tales condiciones, obstinarse en su negativa hubiera sido, no solamente un desaire á la amistad, sino exponerse á que la *falta de suficiencia y de merecimientos* que alegaba hubiera podido interpretarse, no ya por excesiva modestia, sino por mal disimulada soberbia; y dicho sea en honra suya, ante la idea de que que pudiera tildarse de soberbio, hubo de decidirse el modestísimo D. Modesto por complacer á sus compañeros y amigos. En lo que no han podido todavía persuadirle, es respecto á la conveniencia de dar á la estampa varias importantes obras que tiene escritas, y siempre que le hablan del asunto contesta: «¡Phis! ¿Qué podré yo decir en esos libros, escritos sólo por pasatiempo, que

no esté dicho hasta la saciedad por autores antiguos y modernos?...»

—Nada, nada, Sr. D. Modesto: convénzase usted de que su excesiva modestia es perjudicial á las ciencias,—le decía uno.

—Y á las letras,—añadía otro.

—Es un crimen,—apuntaba un tercero,—un verdadero crimen, eso que usted hace de escribir sólo para sí.

—Muchas gracias, señores, muchas gracias; pero hablemos de otra cosa...—decía casi ruborizado el bueno de D. Modesto.—Ustedes se empeñan en hacerme creer que valgo mucho; pero yo sé bien, por más que agradezca y respete la opinion de ustedes, que no soy más que uno de tantos, uno de tantos...

Y ¿no es bueno, querido lector, que por mi parte, cuanto más voy tratando y conociendo á D. Modesto, cada día me persuado más de que él tiene razon cuando dice que es uno de tantos?

Y aún hay más,—pero esto te lo digo en secreto, pues no quiero que llegue á oídos del interesado,—me voy convenciendo de que la modestia de D. Modesto no es tal modestia, sino refinada hipocresía, tras de la cual se oculta una gran dosis de vanidad... ó quién sabe si una grandísima ignorancia.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en el mundo hay hombres que siendo tan sólo medianías del saber y de la inteligencia, hacen de la modestia una poderosa arma defensiva, merced á la cual, bien estudiados y aplicados á tiempo sus resortes, llegan á hacerse fuertes y respetables... ¿Cuántas veces la impotencia del cerebro suele disfrazarse con la máscara de la modestia!

¡Cuántas veces detras de esa misma modestia suele ocultarse la soberbia más desmedida!...

¿No has conocido, lector, ningún D. Modesto?

Pues fíjate en este ligerísimo cróquis que te ofrezco, y ya verás cómo encuentras por esos mundos de Dios más de cuatro tipos que se le parecen.

¡Conozco yo tantos!

WERTER.

## La bola de nieve.

La calumnias nace al calor de pasiones viles, se desarrolla con la murmuración, y la sociedad, con el tiempo, se encarga de inmortalizarla.

En una tertulia de... confianza.

—Lo que es Isabel, está tarde, iba... estrepitosa.

—Yo, por más vueltas que le doy, ciertas cosas no me las explico: ¡llevar un vestido de gro de París con guipures, la mujer de un empleado de *dos mil reales!*

—¡Pero qué guipures!

—En cuanto la vea, le voy á preguntar cómo se arregla para hacer esos milagros.

—Será santa.

—¿Y dónde está empleado su marido?

—En contribuciones.

—¡Pobres contribuyentes!

—Debe emplearse en alguna cosa más, porque segun mis noticias... anoche salía á las tres de la mañana de cierta casa de la calle de Alcalá...

—¿Y quién vive allí?

—Si lo que no se sabe en este mundo es lo que no se hace.

—¡Cuando yo le decía á usted!

—Si no podía ser otra cosa.

—Siga usted, doña Rosa; callad, niñas, que no se oye lo que se habla.

—¡Hija, qué molino estás con esa dichosa polka!

—Mi sobrino, al retirarse del baile de doña Virtudes, vió al marido de la Isabelita salir de...  
—*Gua, gua.*  
—¡Calla, Taita!

—¡Qué perra más inoportuna!

—Salir de una casa donde, segun malas lenguas, se juega al monte y otras cosas.

—¡Al monte!

—¡Qué escándalo!

—¡Así ya se pueden llevar vestidos de gro de París!

—Y con guipures!

En el baile de doña Virtudes.

—¿Quién es aquella?

—Tambien le llama á usted la atencion; esa mujer le choca á todo el mundo.

—Es la señora de un conocido de usted.

—¿De quién?
—De Eduardo, el auxiliar de Hacienda.
—¿Es muy laborioso! ¡Qué elegante lleva a su mujer!

En la calle.

—¿Sabeis lo que he oido?
—¿Qué?
—Eduardo está complicado en el desfalco de unos fondos, y proyecta no sé qué viaje á los Estados-Unidos.

En paseo.

—¡Buen tronco! ¡Vaya un tren! No se pasea otro mejor en la Castellana.
—¿Qué mundo! ¡qué mundo! Hace diez años empleadillo de doce mil reales, y ahora, ¡vaya un boato! ¡Mire usted qué niños más elegantes! ¡Y su mujer con túnica de encaje!

—¿Quién era Eduardo? Un marido modelo, un padre venerable, un honradísimo ciudadano.

Como abogado y literato se ocupaba, sin descanso, en mejorar la posición de su adorable familia, trabajando todos los ratos que le dejaba libre su modesto empleo, que servía con su acostumbrado celo é integridad.

Aquellas noches que salía de cierta casa de la calle de Alcalá á las tres de la mañana, salía de velar á su mejor amigo enfermo, al compañero de su infancia; salía de engajar ardientes lágrimas de triste dolor y cariñosa gratitud.

Aquellas inapreciables lágrimas, nacidas al santo calor del agradecimiento, en el secreto de las emociones sublimes, la sociedad, en la atmósfera helada de su infame escepticismo, las convirtió en copos de nieve que, arrojados en la pendiente fatal de las murmuraciones, tomaron cuerpo, abultaron sus proporciones y adquirieron dureza y consistencia, llegando á constituir la horrible CALUMNIA esa inmensa bola de nieve que en el mundo moral no consigue ser deshecha nunca completamente por los rayos del sol de la verdad.

La calumnia está bien definida en los siguientes versos de la muy aplaudida comedia El octavo mandamiento:

Con una frase, se mueve
El más horroroso infierno.
¿No has hecho tú en el Invierno
Ninguna bola de nieve?
Muy pequenita has de hacerla,
Y tan sólo con rodarla
Llegas tan grande á formarla,
¿Que apenas puedes moyerla!
Con igual facilidad,
Frase al desecado vertida
Se hace un crimen... á medida
Que rueda en la sociedad.

JOSÉ SOTILLO.

Las porterías.

Desde que Madrid, sustituyendo los faroles de aceite por los de gas, y las cubas de riego por el agua de Lozoya, ha empezado á dejar de ser un pueblo grande, y se afana en hacer méritos para lograr carta de naturaleza entre las ciudades más hermosas y cuidadas de Europa, nos parece, viendo que hoy casi todas las casas de la coronada villa tienen portería, que esos cuartitos microscópicos puestos al pie de la escalera en las modernas casas, como un ojo que todo lo observa y penetra, son tan antiguos como las casas mismas. Sin embargo, no es así. No tenemos que hacer más que dar un paseo por los barrios apartados de la capital, ver las viejas y desmanteladas casas que sólo están de pie para burlarse de las denuncias y de las Ordenanzas municipales, fijarnos en los portales sucios y oscuros de ellas, y quedaremos plenamente convencidos de que la portería es uno de los más recientes descubrimientos de la civilización.

Las hubo ya muchos años hace, no lo niego; pero aquellas porterías no tenían punto de comparación con las que actualmente viven y reinan. Antes y ahora era un libro abierto en el que cualquiera puede leer sin necesidad de anteojos, pero con auxilio del dinero, la vida y milagros de los inquilinos, discreta y maliciosamente comentados por ese murmurador implacable que se llama portero. Hoy el portero es un sér sociable hasta cierto punto: antes, para ahorrarse palabras y mortificar á la ortografía, solía escribir á la puerta de su chiribitil: «Naide pase SIN pRemiso del portero Ro».

Yo llego á desconfiar de que haya porteros sin familia, y más deben desconfiar los dueños de las casas, pues cuando desean encontrar portero, aparte de lo de buenos antecedentes, cuando los consiguen son los que hay que mirar, no creáis que les exigen ni grandes recomendaciones, ni extraordinarios méritos, ni que sean curiosos en el sentido de limpios, ni siquiera que tengan ojos, cuando su oficio es ver; se contentan con que sea un matrimonio solo, porque temen la prole porteril aún más que á los hundimientos y á los revoques.

Creo que ni la familia de Jafet, y eso que pobló á Europa, fué más numerosa que la de los porteros; y para decirlo me fundo en el espectáculo que ofrece siempre la portería de mi casa (es decir, la de mi casero), semejante al que se ve en casi todas las porterías.

Amén de un ejército de chiquillos, que si digo que son tantos que aún no he podido verlos reunidos, no miento, no hay criada de servir que no tenga con el Argos de mi vecindad parentesco, ni entre los militares escasean los que pueden llamarse sus sobrinos (no de ellos, sino de mi portera). La portería es, pues, un consejo formado con partes casi iguales del elemento civil y militar, que, dicho sea de paso, fraternizan con no pocos gritos y risotadas.

Se dice que los porteros ven más de lo que debieran; pero eso es una falta de lógica. Si están puestos para ver, no hacen más que perfeccionarse en el oficio, y mejor han de merecer por ello aplauso que censura. Pero me ocurre una duda. ¿Ven siempre lo que deben y lo que no deben, ó sólo esto último? Cuestion ardua y difícil que resolvería sin reparo, si no temiese ofender á esa nobilísima y honrada clase, que barre la escalera cuando mayor número de vecinos transita por ella, enciende el farol del portal media hora despues de ser de noche, y cierra la puerta lo ménos, lo ménos con una hora de anticipación á la de las diez en Invierno, y once en Verano, que es la marcada en ese reglamento que los porteros de Madrid deben haber formado de comun acuerdo, para de comun acuerdo no cumplirlo.

Siento, digo, incomodar á mi portero, que habrá de leer estas líneas, que es algo ilustrado y se entretiene en deletrear todos los periódicos ántes de que lleguen á mis manos; pero ello es preciso, y aunque la indulgencia fuera mucha, como los culpables son más, habian de tocar á muy poco. Los porteros ven lo que no deben, y son ciegos muchas veces para lo que debieran ver. El portero vive de día en el cuartito que hay en el portal; de noche, en una de las buhardillas de la casa; sus dos viviendas forman, pues, un paréntesis en el que se contienen todas las de la vecindad, y por eso no es extraño que sepa minuciosamente lo que en ella sucede.

En los consejos que en las porterías tienen lugar frecuentemente, se habla de todo y todo se comenta. Son temas puestos eternamente á la órden del día las vistas que recibe la señora del segundo, viuda de un intendente de ejército; los negocios del inquilino del principal, que cuando viene á su casa de día hace sonar la campanilla hasta romperla, y de noche le abren la puerta sin que llame; las conversaciones que, ventanillo de por medio, ya que no es posible la poética reja, tiene la vecinita del tercero con su novio, y el mal trato y peor salario que los vecinos del entresuelo dan á la criada que les sirve. Estos temas se adornan con todo el aparato de cuchicheos, exclamaciones enérgicas, aspavientos y ¡Jesus, María y José! que su argumento requiere.

Los porteros guardan toda su elocuencia para estos casos: cuando están solos, se entretienen cantando ó haciendo jaulas de grillos, ó se duermen, sin temor de que con esa conducta pierda su propiedad la parodia del canchero que representan.

Con los desconocidos economizan mucho las palabras; prueba segura de que saben que la palabra es de plata. Preguntáis á cualquier portero: «El Sr. D. Fulano, ¿vive aquí?» Y para ahorrarnos otra pregunta, ó mejor, ahorrarse otra contestación, dice sólo, por ejemplo: «Segundo de la derecha».

Las porterías, como las puertas, tienen llave: sólo que las de las puertas son siempre de hierro, y las de las porterías de oro. Son más caras, pero en cambio, las primeras podrán enmohecer y no abrir. ¡No se ha dado todavía el caso de que estén torpes las segundas!

MIGUEL MOYA.

Fibros nuevos.

ANUARIO OFICIAL DE CORREOS DE ESPAÑA, publicado por la dirección general de Correos y Telégrafos: 1878-79.—Madrid, 1878. Imp. de Aribau y compañía.

No abundan tanto en nuestra patria las publicaciones oficiales de verdadera utilidad, que merezca pasar inadvertida la que acaba de ponerse á la venta por la dirección general de Correos, y cuyo título precede á estos párrafos.

El Anuario oficial de Correos inaugura la serie de libros de esta índole que, siguiendo la costumbre de otros países, se publicará en lo sucesivo todos los años, y en él se contienen, metódicamente ordenadas, todas las reglas establecidas para el servicio postal, tanto terrestre como marítimo; resúélvense todos los puntos dudosos respecto al franqueo, expedición, reparto y recibo de la correspondencia; se marcan todos los itinerarios, el tiempo que en ellos se invierte, las vías postales extranjeras, puntos en que se depositan las cartas, administraciones principales, secundarias y estafetas de cambio; se fijan curiosas estadísticas del servicio, y se da clara aunque sencilla idea de los acuerdos tomados en el Congreso postal universal de París. La dirección ha necesitado limitar por este año á estos importantes puntos la misión que le fué encomendada de real órden, dejando para los Anuarios sucesivos las reformas introducidas por otros países en el servicio, la reseña de dichos servicios y los datos más importantes de nuestra geografía postal, así como el comercio postal internacional con toda amplitud. Con la publicación de estos Manuales y la de la Colección legislativa y Diccionario geográfico postal, en los que hoy se ocupa la dirección del ramo, se habrá logrado elevar á gran altura este servicio, haciendo de él lo que debe ser, y no lo que ha venido siendo hasta ahora.

El Manual correspondiente al año económico de 1878-79 contiene, pues, la relación del personal y organización de negociados en la dirección general del ramo; la administración del Correo central, especificando sus secciones, cargos asignados á las mismas y multitud de curiosísimas noticias; relación de las administraciones principales, sus estafetas, carterías y servicios establecidos en cada una de las provincias de España; administraciones ambulantes; organización del ramo en las provincias ultramarinas; estadística del movimiento de la correspondencia desde 1850 hasta la fecha; relaciones y resúmenes del personal; noticias generales relativas al servicio de Correos; franqueo de las diferentes clases de correspondencia; certificación de la misma; correspondencia oficial y judicial; apartado, listas, contrabando, sellos servidos; tarifas nacionales y extranjeras; itinerarios y tiempo que invierte la correspondencia desde Madrid á las principales capitales del mundo.

La elegancia y esmero de la edición hacen doblemente recomendable el libro á que me refiero, y que está llamado á prestar grandes servicios en todas las dudas y consultas que se ocurran á los particulares.

PUBLICACIONES DE LOS SEÑES. BASTINOS, DE BARCELONA.—«El cielo», por D. Cayetano Vidal y Valenciano; «Las plantas», por D. Celso Gómez; «Alfabeto místico», y «Alfabeto zoológico»; «Pascual y los saboyanos», comedia de doña Amparo Arnillas de Font.—Barcelona, 1878.

Las dos primeras obras que dejo citadas pertenecen á la acreditada Enciclopedia para la juventud, y corresponden en un todo al mérito de los cuadernos anteriormente publicados. En El cielo, continuación de anteriores tratados, se especifican los cometas, las estrellas volantes y los aerolitos, con la ilustración que distingue al catedrático Sr. Vidal, y la claridad y sencillez necesarias á un folleto destinado

á servir de guía á la niñez. En Las plantas, se contienen los capítulos «Entre flores» y «Frutas y legumbres», que son una razonada descripción de plantas tan importantes como el manzano, los guisantes, naranjas y limones, verduras, etc. Todo adornado de bellísimos grabados en madera.

El Alfabeto místico, como el Alfabeto zoológico, pueden prestar un excelente servicio á la niñez, pues no sólo la acostumbran á discurrir para la pronunciación y lectura, sino que le sirve de recreo por sus bonitas láminas, y van acumulando insensiblemente en las tiernas inteligencias de los niños gran número de conocimientos elementales que han de ser de mucho auxilio cuando emprendan más elevadas tareas.

Con la comedia Pascual y los saboyanos, se trata de llenar una necesidad social, cual es la aplicación del juego dramático á la enseñanza de la niñez. La obra está bien pensada y no carece de interés; pero ofrece el inconveniente de exigir número personal infantil para desempeñarla, y ésta es una contrariedad que han podido comprobar cuantos se hayan dedicado á estudiar lo que deben ser las comedias de niños. La Sra. Arnillas, inspirándose en el carácter de obras análogas, publicadas en Francia, no ha tenido en cuenta que la primera condición en el teatro infantil debe ser la sencillez. De todas maneras, es laudable que vaya formándose un repertorio teatral propio para niños, siquiera no sea más que para evitar verles interpretando, como suele acontecer, pasiones de otras edades de la vida y asuntos poco ó nada conformes con la pureza que hay necesidad de conservar á los que penetran en un mundo lleno de asechanzas y peligros.

MANUAL DE LA LEGISLACION DE MINAS, por la redacción de «El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales».—Tercera edición.—Madrid, 1878.

Este importante Manual abraza una bien escrita introducción, con la historia de la legislación de minas, la vigente, objetos de la minería, posesión de minas y división de la obra.

En su sección primera se sostiene la ley de minas de 1859, con las reformas introducidas posteriormente; en la segunda, las bases generales para la nueva legislación de minas de 1868, y en la tercera, se incluyen las disposiciones aclaratorias dictadas desde 1.º de Enero de 1869 hasta 1.º de Setiembre de 1878. En los apéndices que acompañan al Manual se incluye la legislación especial de 1825 y 1849, la referente á constitución y régimen de sociedades anónimas y el reglamento del cuerpo de ingenieros de minas.

El Manual de legislación de minas completa la notable serie de publicaciones realizadas por el Sr. Abella.

DICAMEN acerca de los medios prácticos de combatir la invasión de la filoxera ystratrix, redactado por D. Juan Navarro Reverter.—Valencia, 1878. Imp. de Domenéch.

Conocida es la reputación científica del Sr. Navarro Reverter, que le hizo acreedor á que la Junta de agricultura, industria y comercio de Valencia le nombre presidente de la comisión nombrada para estudiar los medios de preaver ó disminuir los estragos causados por la invasión de la filoxera, y el folleto que tengo á la vista confirma lo acertado de la elección, y el celo y buen deseo con que el Sr. Navarro ha querido corresponder á la confianza de sus paisanos.

No entra en mi ánimo analizar los procedimientos, así agronómicos como administrativos, que recomienda el Sr. Navarro en su folleto; pero sí señalar con aprecio la publicación del mismo, por lo que pueda contribuir á disminuir la intensidad de un mal que amenaza de muerte á uno de las más importantes producciones de nuestro suelo.

NOTA FINAL.—Es posible que muchos de los suscritores á la GACETA UNIVERSAL tengan niños, y es posible también que no todos les hayan obsequiado con motivo de la feria. Para facilitarles esto último, con un ligerísimo sacrificio, me permito recomendarles la adquisición del Almanaque de los niños, que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

Justo es que el que se consagra á señalar la aparición de los libros ajenos haga algo en beneficio de los propios. El Almanaque de los niños, excepción hecha de los trabajos del que suscribe, contiene escritos en prosa y verso muy apreciables, historietas ilustradas por el distinguido dibujante Sr. Melendez, y una bonita comedia infantil, original de D. Eduardo Guillen. Todo esto por dos reales.

OSSORIO Y BERNARD.

Los ojos.

Están situados en la cara, según los anatómicos. Residen entre la inteligencia y el olfato. Son dos, y siempre guardan entre sí respetable distancia. Nacen y mueren al mismo tiempo, salvo accidente, y se componen de humores y membranas. El globo del ojo tiene, como el terraqueo, eje y meridianos, ecuador y polos.

Como es tan delicado, vive provisto de aparatos de protección, que son las cejas y las pestañas, centinelas avanzadas contra las invasiones de todo cuerpo extraño.

El hombre los trae cerrados al venir al mundo, y se los cierran cuando se va. En los primeros años de su vida le bailan los ojos al contemplar tanta maravilla; poco despues los desengañan le hacen elevarlos al cielo. La confianza le induce á hacerlo todo á ojos cerrados; la ignorancia, á medirlo todo á ojo de buen cubero.

El trato social obliga á estar siempre ojo avizor y á proporcionarse algun consocio,

por aquello de más en cuatro ojos que dos, principio cuya verdad salta á la vista.

La ausencia es prueba peligrosa para los amantes, porque ojos que no ven, corazones que no sienten. No hay enamorada Dulcinea que, al ver marchar al preferido de su corazón, no diga inspirada:

¡Ojos que te vieron ir, cuando te verán volver!

Nadie adquiere nada como no le llene el ojo; entónces da por ello uno de la cara, si se lo piden.

Los hombres que se meten por el ojo de una aguja, hacen víctima de su perspicacia á los que no saben dónde tienen los ojos, pero se exponen grandemente á que les priven de uno de ellos de un garrotazo, por aquello de que á quien mucho ve, con un ojo le basta.

Tales cosas ocurren en este pícaro mundo, que los tuertos pueden creerse dichosos.

Muchas son las ventajas que se les conocen sobre los demás mortales.

Primeramente tienen un cuidado ménos. No ven sino la mitad de lo malo que pasa en este mundo. Toda perfidia que se cometa por el lado del ojo huero pasa para ellos completamente desapercibida, y además de esto, suelen ser muy afortunados.

Desde la princesa de Eboli hasta Casiano hay una serie de tuertos, á los cuales ha colimado de dones la suerte.

Dedúcese de aquí cuán grande debe ser la felicidad de los ciegos. No ven á su mujer cuando se ha puesto vieja y fea; ni las moscas que sirven en las fondas como aditamento á cualquier plato; ni las muchas caras hipócritas pertenecientes á los que hacen gran papel.

El hombre pensador goza examinándose por dentro cuando se acuesta y apaga la vela. No hay otra consejera mejor que la almohada, porque se le consulta á oscuras.

De noche todos los gatos son pardos y todos los hombres iguales. No hay objeto que tenga más riqueza de color que otro. Todos son negros.

Y en el momento que el mulato y el blanco se confunden con el etiope, las fronteras desaparecen.

Peró los hijos de la dicha són los bizcos. Todo lo ven duplicado. Un duro tiene para ellos el valor de diez pesetas.

Green, además, vigente la poligamia, porque unidos á una mujer, se juzgan esposos de un par de ellas. Y esto ofrece grandes ventajas.

Además engañan con los ojos. No hay sitio ninguno, en apariencia, libre de su mirada. El que está á su lado se cree observado incensantemente; y lo que se halla enfrente lo mismo.

La mirada de los bizcos significa el apogeo de la extrañeza. Cuando á alguno le notifican que va á ver una cosa que le dejará bizco, se vuelve todo ojos. ¡Desgraciado de él si sólo le hacen ver las estrellas!

Compadezcamos, sin embargo, á los que no tienen los ojos perfectos.

Las mujeres enamoran con ellos. Los hay azules de color de cielo, que hacen pensar en que su poseedora tiene un carácter dulce y tranquilo... Los hay verdes como la superficie de un lago, y pardos pajizos... Los hay de mirar lánguido y sonriente... pero los ojos negros son los más hermosos. Se han hecho tantos versos á ellos, que no quiero dedicarle ninguna copla. Tampoco la prosa puede entonar alabanzas á los ojos negros, sobre todo cuando se recuerda el fulgor y el brillo de los de ella.

FERMIN M. SUAREZ SACRISTAN.

Variedades.

Durante la semana anterior, según El Progreso Médico, han disminuido las erisipelas y las afecciones eruptivas, pero en cambio han sido más frecuentes las fiebres graves de forma atáxica y ataxo-adinámicas, muy numerosas las intermitentes de diversos tipos, así como también los reumatismos agudos y las neuralgias de la misma índole.

Los cólicos, estados saburrales y diarreas, producto del uso immoderado de las frutas y hortalizas propias de la estación, han alternado con los catarros biliares, las esplenitis, las hepatitis y no pocas nefritis y catarros vexicales, así como también con las anginas, bronquitis y neumonías producidas por una rápida supresión de la exhalación cutánea.

En las enfermedades crónicas no han sido infrecuentes los infartos viscerales abdominales consecutivos al paludismo, las hidropesías y las exacerbaciones de los reumatismos articulares y catarros antiguos, así como también de las afecciones cardiacas y tuberculosas.

En Rabat (Marruecos) la salud pública es buena. Las kabilas inmediatas á Mequinez están en completa sublevación, á consecuencia de lo cual la ciudad ha cerrado sus puertas, cobrando las autoridades del país que es muy exagerado.

El sultan goza de buena salud. El hambre continúa haciendo grandes estragos, muriendo de inanición más de 150 personas diariamente, las cuales permanecen largo tiempo insepultas, pues sólo se consiguen que sean enterradas aquellas que tienen parientes.

El sultan ha licenciado las tropas conocidas por el Ashhar.

En Rabat hace pocos dias fué robada una caravana á las puertas mismas de Salé.

En la Rabala de Benigorfet, próximo á Larache, cuya población está sublevada hace tiempo, han matado y hecho pedazos á un caid, á su hijo, á su escribano y á un pariente del gobernador.